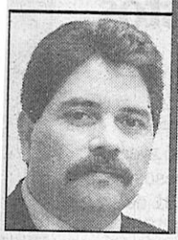
• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza V.



Democracia y el PRI

(Segunda y última parte)

Luego de la derrota del 2 de julio, el PRI no encuentra el rumbo. Del asombro inicial se pasó a una suerte de parálisis y luego al intento por recomponer el edificio caído. La dirigencia perdedora renunció, pero a Dulce María Sauri se le conminó a que continuara en el cargo de la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional (CEN), hasta que no se realice la Asamblea Nacional (aproximadamente en 45 días) que habrá de nombrar a una nueva dirigencia.

En un primer momento gobernadores y otros funcionarios acusaron al presidente de la República por haber reconocido prematuramente el triunfo de Vicente Fox. Esta rebelión fue sofocada luego de sendas reuniones con el Ejecutivo federal. De nuevo la disciplina se impuso y las huestes volvieron al redil. Pese a la crisis, mecanismos como el alineamiento disciplinario siguen siendo un recurso para mantener una frágil unidad partidaria. Es difícil prever cuanto podrán durar vigentes, sobre todo por la ofensiva que de nuevo está lanzando el gobernador de Tabasco, Roberto Madrazo. La segunda reunión entre los 21 gobernadores y el presidente tuvo lugar el pasado 11 de julio. Ahí se llegó a tres acuerdos básicos: a) respaldar a Dulce María Sauri como presidenta nacional del partido hasta la realización de la Asamblea Nacional; b) crear un grupo asesor formado por ex dirigentes nacionales del tricolor, vinculado con la dirigencia nacional para lograr la gobernabilidad al interior del partido mediante la elaboración de líneas de acción y c) prepararse para enfrentar los comicios locales que se avecinan en Chiapas, Tabasco, Jalisco y Veracruz. Con estas acciones se busca detener la profunda crisis que enfrenta el revolucionario institucional luego de la pérdida de su principal apoyo político y económico: la presidencia de la República.

El día martes 18 de julio se tomó protesta al nuevo CEN; en el mismo destaca Sergio García Ramírez como secretario general. Se trata de un político de probada rectitud y honestidad pero que tiene ante sí un reto sumamente difícil: llevar al PRI a una Asamblea Nacional que reforme de manera profunda su estructura institucional y lo convierta en un verdadero partido político apto para la oposición como para ejercer el gobierno. El PRI tiene que enterrar definitivamente las viejas prácticas que le dieron identidad: la figura del presidente como líder del partido, el dedazo, el tapado, la cargada y con ellos el sistema corporativo. Es decir, debe transformarse de abajo a arriba o de nuevo atrincherarse en el nacionalismo revolucionario hasta desparecer. Hoy todavía tiene mucho que rescatar como segunda fuerza política del país. Deberá superar también las tentativas por apoderarase de la dirección nacional de Roberto Madrazo, quien envuelto en un discurso aguerrido y supuestamente renovador demanda para sí el control de la dirigencia nacional.

A ningún demócrata debe interesarle que las pugnas internas del PRI lo lleven a su desaparición. Algunos festinan la crisis del tricolor y ponen el acento en la necesidad de que se ahonde la crisis. Desconocen que un sistema democrático requiere de partidos consolidados y fuertes; es una vía fundamental para crearle contrapesos al poder ejecutivo y neutralizar cualquier tentación de revitalizar un presidencialismo centralizador. La democracia requiere de partidos políticos sólidos e independientes que tengan capacidad para disputar los procesos electorales a nivel federal, estatal y municipal. Como ya vimos, un régimen de partido único conduce a la concentración del poder y al autoritarismo. La democracia es un sistema incluyente y puede serlo en la medida en que los ciudadanos conciban a los partidos como instancias reales de representación política. Por el bien de la democracia mexicana el PRI debe superar la crisis a partir de su transformación. Reitero: es la segunda fuerza electoral del país y recibió más de 13 millones de votos en la elección presidencial.